



Los Condenados

Por Julio Brial



I

Cuando Claudio Noval entró en su habitación aquella tarde, se dejó caer pesadamente en el sillón de su mesa de trabajo, apoyó en ella los codos y escondió la abatida frente entre las palmas de sus manos.

Venía de la gallera, de la que podría decirse que formaba su segundo «yo», si no le restaran títulos para este honor las carreras de caballos y el cotidiano y noctámbulo mariposeo sobre todos los tapetes verdes de todas las mesas de los locales Clubs.... Y en los tímpanos de sus oídos, como en las marinas caracolas el rumor del oceano, vibraba aun retenida la grito escandalosa y unánime de toda aquella gleba confundida, hirviente, ebria, de alcohol, de delirio...

Claudio Noval se desolaba. Acababa de perder una importante cantidad que, sumada a la interminable lista de cantidades ya perdidas, le dejaba tendido en una situación equívoca y lamentable. Algunos golpes más, tan desgraciados como los de aquella tarde, y su fortuna, que aun creía inmensa la mayoría de las gentes, se evaporaría como el humo de un cigarro.

De pronto, en el vano de la entreabierta puerta, del despacho, se recortó la gentil figura de una mujer. Una voz cantarina y angélica erró dulcemente:

—Papá... Eres tú?... Ya estas aquí?...

Claudio Noval vibró, como sacudido por una onda eléctrica. Subitamente alzó la frente contraída en un pliegue de quebranto. Si, acababa de llegar... No se sentía bien... Un poco de pesadez, de jaqueca... Pero no, no era, no sería nada... En donde estaba su madre?... Y Adolfo?...

La gentil mujercita, en tanto, había dado la vuelta a la llave de la luz, y los tres bombones de la lámpara fulguraban suavemente iluminando la habitación poco antes en penumbras. Luego, cariñosa y leve se había aproximado a Noval para acariciarle la cabeza con sus manos misericordiosas, bellas y fragantes como rosas.

—Mamá no ha llegado todavía; se fué poco después que tú, con la señora de Larios.... Adolfo acaba de salir en automovil, no sé a donde.

—Y estabas sola tú?...

—Sola papá.

—Te aburrías?...

—No, tocaba el piano; un nuevo vals vienés; precioso.

Calló. Noval también callaba, contemplándola ahora, armoniosa y bella, alta y pálida, de pie ante él como una larga flor, como un rayo de luz. Se parecía a su madre en todo como una gota a otra gota de rocío...

II

Sus hijos, oh!

Pensaba en ellos, en esta purísima María Dolores, chiquilla criada entre lujos y agasajos... Y en el otro, en el mayor, Adolfo, solemnisimo, elegantísimo petrimetre, rey de todas las elegancias, príncipe de todas las extravagancias, pontífice de todas las necedades, completamente hueco, imbécil, por obra y gracia del dinero, incapaz de saberse ganar una peseta para él ni para nadie, el día en que acabara de hundirse su fortuna...

Cómo los había educado su madre?

Cómo los había educado él?...

Bah!... Como los educan la mayoría de los plutócratas de nuestra sociedad, sin que les faltara nada, absolutamente nada más que la... educación.

En cuanto a los ejemplos que habían visto!...

A las once de aquella noche, llegó la esposa. Era un encanto, una maravilla de mujer, sin más diferenciarse de su hija que en los años, que no se notaban en la muy esplendorosa. Como Noval horas antes de la gallera, volvía ella de un aristocrático panguingue en el que también había perdido y seguía perdiendo algo más sagrado y santo que el dinero... La escena entre marido y mujer fué la de siempre, la de todos los hogares esos en los que el amor, si ha

habido amor, no ha dejado huellas de su paso... Mutuas recriminaciones, palabras groseras, golpes sobre todos los muebles, algún lujoso bibelot hecho pedazos...

Luego el silencio, el reposo, como la calma después del combate o de la tempestad.

III

El mismo día en que Claudio Noval, recogido en la más honda de las morales cobardías, aguardaba a su mujer para revelarla bruscamente el secreto, divulgado a voces, de su ruina total, la aguardó en vano.

La hermosa señora, olvidando todo honor, todo pudor, todo amor, se había fugado con un extraño caballero que pedriale saciar acaso en sus panguingues y sus histerismos, pensando acaso, convencida hasta el fondo de las entrañas, que sobre el sagrado hogar, del matrimonio, y de los hijos, existe una divinidad más santa: la del sota y el caballo y el rey.

Para Noval fué este el golpe de gracia. Se emborrachó para acabar de olvidar los ultrajes a su «honor», y se dirigió después, ébrio, perdido, a cualquier club.

Y allí...

Allí se palpó todos los bolsillos sin encontrarse una peseta... Vaciló... Dudó... Inútil pedir dinero prestado a nadie. Se lo negarian, se

reírían de él, sabiéndolo en la miseria. Vaciló aun un poco más, y al fin se decidió... Después de todo, ya era un hombre sin honor, un hombre al agua... Y una sed inmensa de jugar, de beber, de encanallarse por completo, le envolvió las carnes y el alma, atenzándose las...

Bah, si!... Al infierno todo!... Seguiría bebiendo; seguiría jugando; robaría, si era preciso...

Y robó.

A uno de los caballeros del tapete verde se le extravió aquella noche la cartera conteniendo dos mil pesos. Se hizo un caballeresco registro; la cartera fué hallada en poder de Noval y Don Claudio Noval, inmisericordiosamente, fué entregado a la policía como cualquier vulgar rate-ro...

En la lobreguez de su mísero encierro, pensaba Noval con salvaje alegría que no estaría solo mucho tiempo.

Había incoado una acción criminal contra su esposa por el delito de adulterio. Ya que había caído, que fuera como Samsón, sepulto bajo las ruinas del templo de su amor, de su honor, de toda su vida y su alma...

En cuanto a los hijos, no pensaba mucho en ellos. Eran ya muy crecidos. Que se las arreglaran como pudieran solos.



Ella, María, tenía novio; un muchacho de la alta sociedad, educado a la alta escuela; aristócrata de tomo y lomo con no menos de treinta mil pesos de renta anuales... ¡Que se casara!

El Adolfo, se tenía la culpa si quedaba mal, por no haber querido estudiar nunca. Si no servía para nada, manejaba el auto como muy pocos *sportsmans* en Manila.... ¡Que se metiera a chofer!

Así pensaba en la lobreguez de su mísero encierro Don Claudio Noval.

IV

Iban a abandonar la casa, los echaban de la casa, y en la casa en que nacieron y crecieron



juntos, arca de sus amores, santuario de su extinta felicidad, juntos lloraban abrazados los pobres hermanos, hipando de dolor y de sollozos.

Lo habían perdido todo, amistad, riqueza, honor, amor, consideración... todo cuanto el ser más miserable necesita para convivir entre seres humanos. Solo les quedaba este refugio, este nido, esta casa... y también de ella les expulsaban!...

A los pies del sofa en que se ahogaban de amargura y llanto, estrujado en pedacitos yacía el diario aquel con la noticia en caracteres grandes, llamativos, negros como la tragedia que culminaba en sus almas....

Los dos!... Los dos!... Condenados los dos!... el padre por ladrón; la madre por adúltera... Y si el juego les separó rompiendo la cadena de rosas de su amor, el juego ahora volvía a unirlos y a enlazarlos con la horrenda cadena de un presidio!...

María Dolores se irguió de pronto, arrastrando al hombre por la mano, moviendo la cabeza para sacudirse las lágrimas....

—Vamos, hermano, vamos....

Abandonaron el hogar, huyendo, como si todos los fantasmas de la dicha que dejaban allí, los persiguieran para hacerles daño... Corrien-

do, sin volver la cabeza, lo dejaron atrás, muy atrás... A donde iban?... Ni ellos mismos lo sabían; a donde fuera!... Porque los condenados no eran los otros, los padres, no!... Los verdaderos y únicos condenados eran, resultaban ellos, los hijos, los inocentes, los abandonados... El, que por aristócrata, se dejaría morir de hambre en cualquiera rincón del mundo antes que coger una pica, una pala, un azadón!... Y ella, dulce flor de ternura y hermosura, condenada en pleno estallido de vida y juventud a morir de amor, antes que gozar el amor en los brazos de los únicos hombres que tendrían derecho a ella desde hoy: ¡los miserables!